

La crisis religiosa de Teilhard de Chardin

EDUARDO J. ORTIZ

El día 1 de mayo de 1881, hace cien años, nació en una pequeña aldea de Francia Pierre Teilhard de Chardin. Durante su vida no se le permitió publicar casi nada. Hoy sus obras se cuentan por decenas y han sido traducidas a innumerables lenguas. Su nombre aparece en sitios de honor y es —después de Ignacio de Loyola— el jesuita sobre el que más se ha escrito en los últimos años.

Podríamos hacer una vez más el recorrido de sus descubrimientos antropológicos o el de sus teorías científico-religiosas. Pero eso lo han hecho ya muchos otros, mejor de lo que puede lograrlo un breve artículo.

Aquí me voy a limitar a un solo libro: el de sus "Cartas Íntimas" (Desclee, 1974); y a un solo aspecto: el de su crisis religiosa ante las constantes censuras e incomprensiones de que fue objeto.

Esta concentración tiene un propósito. Teilhard es uno de esos profetas a los que se mató en vida para construirle un mausoleo después de muerto (Mateo 23.29-32). Hoy quien más lo utiliza es quizás "el sistema", y lo utiliza en lo que menos vale. Es evidente que Teilhard se adelantó a su tiempo pero no tanto como para adelantarse también al nuestro; por eso muchas de sus concepciones más avanzadas hoy nos resultan insuficientes. De esta manera quien en su vida fue un inconforme puede ser utilizado como bandera de progreso por quienes desean mantener las cosas como están. Quisiera en lo que sigue rescatar la memoria de su inconformidad.

No hace falta decir, así lo espero, que al hablar de una crisis religiosa se está resaltando un aspecto positivo de su vida. Entró en crisis porque su ideal de Iglesia y de cristianismo era muy alto y se parecía muy poco a lo que veía alrededor. Por eso su personalidad aún emerge. Los satisfechos en cambio ya han sido olvidados.

CAUSAS DEL CONFLICTO

La crisis religiosa de Teilhard no se debió a cavilaciones o escrúpulos internos sino que tuvo causas muy concretas. Todo comenzó por intentar una síntesis entre sus descubrimientos científico-

cos, que le empujaban cada vez más a defender una teoría evolucionista del origen de la vida, y la teología de su tiempo. Concretamente se cuestionaba desde esta perspectiva la imagen bíblica de creación y pecado original que por entonces era tenida no como imagen sino como descripción fiel de lo que había ocurrido en realidad.

A Teilhard le costaba creer que todos los males del mundo tuvieran como causa primera la transgresión moral de unos primates. "Cada vez estoy más convencido por experiencia de que nuestra representación 'catequística' de la Caída obstruye el camino a una gran corriente religiosa que no querría más que adentrarse en el Cristianismo pero que se desvía de él, ya que para entrar en él hace falta, al parecer, dejar a la puerta todo cuanto los últimos esfuerzos del pensamiento humano han conquistado" (Sábado Santo, 1922).

Sus apreciaciones acerca de los teólogos —responsables inmediatos de tal situación— resultan por tanto bastante negativas. "Hay cosas que los teólogos no ven cuanto están ante sus ojos; y lo más grave es que está convenido que no hay que mirar por ahí, 'porque no hay nada que ver' y esas cosas son 'curiosidades' ¿No cree Ud. que esta actitud es nefasta?" (28.2.20). "Estoy verdaderamente sorprendido al observar hasta qué punto la Teología ha terminado por derivar sus preocupaciones a unas esferas (¿unas nubosidades?) que ya no nos conciernen" (27.6.34).

En otra parte expresará más claramente dónde está el origen de tal actitud. "La fuente de todas las desazones, en este momento, es que los teólogos no ven al mundo y a Cristo como ya se descubren en nosotros. Ellos nos presentan un Dios para un Mundo concluido (o que se está concluyendo) mientras que nosotros ya no podemos adorar más que a un Dios para un Mundo que está comenzando. Cada vez estoy más seguro de ello; toda la dificultad y toda la grandeza del problema religioso moderno están ahí" (8.8.50).

Pero la expresión de estas inquietudes a nivel privado no le habría causado ningún problema. También algunos

de sus amigos, profesores de teología y filosofía percibían la dificultad. Augusto Valensin, al que van dirigidas la mayor parte de las cartas íntimas, llega a decirle: "Yo no le atribuyo la suficiente importancia al Pecado original como para estar interesado en las interpretaciones que se dan de él. Para mí este dogma es una cajita cerrada en cuyo interior creo que hay algo, puesto que la Iglesia lo dice, pero esperaré perfectamente trescientos años por saber lo que es" (24.2.48). Teilhard le responde: "si el Cristianismo no tiene más que cajitas cerradas que ofrecemos, pronto arrojaremos por la borda aquél y éstas" (20.4.48).

De ahí los numerosos escritos, siempre rechazados por la censura de la Orden, en los que intenta afirmar su fe sin rechazar la ciencia. En una de sus cartas describe en pocas líneas su conclusión: "La Caída tal vez podría ofrecer en su relato (sin excluir un caso típico de falta) el resumen de la infidelidad secular, perenne, de los hombres, combinados con los males expiatorios que le son naturalmente anejos" (20.10.19).

Aquel era un tiempo difícil para el investigador cristiano. Acababa de concluir el pontificado de Pío X donde se llegó a montar todo un sistema de espionaje intraeclesial para husmear interpretaciones erróneas de la fe (cuando Juan XXIII llegó a Papa y repasó su dossier en los archivos, descubrió que él mismo habría sido investigado entonces y hallado reo de modernismo). En la Curia General de la Compañía de Jesús gobernaba un polaco, Wlodimiro Ledochowski, que comulgaba con la misma línea. Ya algunos amigos de Teilhard habían sido descabezados y él les expresó en esa ocasión su solidaridad y simpatía. Pero por entonces sus perspectivas personales eran inmejorables. "Hace ocho días fui elegido oficialmente para la Cátedra de Geología del Instituto Católico, lo que fija definitivamente, en los planes humanos, mi destino social. Usted sabe por qué no he desaprovechado ocasión a fin de obtener este puesto profesoral. Considero un poco como un deber no dejar escapar una plataforma de acción intelectual en un centro como

París. Estése tranquilo, no cometeré imprudencias" (4.7.20).

La dicha le duró poco más de cuatro años. El 13 de noviembre de 1924 percibe señales de alarma. "Acaba de sucederme una pequeña aventura. Uno de mis escritos (aquél en que expongo tres posibles orientaciones en la búsqueda de una representación del pecado original) ha sido enviado no sé cómo a Roma (creo que a nadie que no sea de la Compañía). Estupor del revisor (al parecer 'teólogo moderado' pero ciertamente muy lejos de toda filosofía) a quien se le ha confiado el hecho. He salido de él con la nota de herejía o de atolondrado, como Ud. prefiera" (13.11.24).

Unos días más tarde llega la sentencia. Debe abandonar París a fin de curso ("De ser sólo por el Sr. Vlodymir hubiera sido arrestado en pleno año escolar"), y renunciar a escribir sobre temas que no sean estrictamente científicos (división que al cristiano Teilhard le resulta impracticable por la estrechísima síntesis de ciencia y fe que caracteriza su pensamiento). Se le destierra a Tientsin (China) donde había estado en una expedición un año antes. "Voy a tratar de conseguir una conmutación de pena; p.ej. un exilio de un año a China sin abandono completo de mi puesto en el Instituto Católico. Pero dudo que lo consiga" (19.5.25). En efecto, no lo consigue. Le dieron algunos permisos para regresar a Francia, pero siempre como visitante. Cuando China expulsó a los extranjeros, su nuevo destino fue Nueva York. Allí murió de un síncope, en la casa de unos amigos, el 10 de abril de 1955. Era Domingo de Resurrección.

FIEL A LA VERDAD

Va a ser en sus cartas íntimas donde desfogue su inquietud atormentada durante sus largos años de destierro.

En un primer momento reacciona con perplejidad. "Querido amigo, ayúdeme un poco... Dígame que al obedecer no soy infiel a mi ideal" (16.5.25). "Mi temor es que al ceder vaya a lo más seguro y no a lo más verdadero. Siento como Ud. que tal vez sea este momento el instante de la gran elección de mi vida. Al ser 'chic' para quienes (los Nuestros) han admitido ciertas convenciones ¿no desilusionaría con ello a otros muchos a quienes parecería que capituló por temor o deformación profesional? Sí, creo que comulgaré con un gozo profundo de este pequeño cáliz; pero que esté seguro al menos de que es la Sangre de Cristo" (19.5.25).

Es comprensible entonces que mu-

chos de sus juicios sobre la situación de la Iglesia sean en consecuencia bastante negativos. "No puedo disimular que se va desarrollando en mí una oposición profunda hacia lo que habitualmente se considera como la forma, las esperanzas y los intereses cristianos. ¡Qué quiere que le diga! en el 'mundo cristiano', tal como se nos presenta en los documentos eclesiásticos y los gestos o concepciones católicas me asfixio absolutamente" (27.6.26). "En ciertos momentos siento de tal manera la impresión de asfixiarme en la atmósfera católica, siento tan fuertemente sobre mi espíritu el peso del cuerpo eclesiástico, que me siento corrido por los relámpagos de la rebelión" (31.12.26). "No puedo admitir que la atmósfera cerrada y tímida que se respira en este momento en la Iglesia sea la del Evangelio" (14.2.28). "Si vivo en la Iglesia es haciendo abstracción de un montón de cosas que son capitales para la masa de los católicos; y lo que me salva es tener un género de vida que precisamente me permite hacer abstracción de esas cosas, no verlas, imaginar que no existen" (2.4.29).

En otros párrafos desarrolla más las razones de su descontento e inconformidad. "La Iglesia languidecerá mientras no rehuya el mundo ficticio de la teología verbal, sacramentalismo cuantitativo y devociones sutilizadas en el que se envuelve, para reencarnarse en las aspiraciones humanas reales. Ha llegado el momento en que el sentido cristiano debe salvar a Cristo de las manos de los clérigos para que el mundo se salve" (25.2.29). "Entre las autoridades romanas y yo hay algo más que un malentendido de palabras. Los unos y los otros soñamos con un solo e idéntico Cristo; y ahí está precisamente lo fundamental gracias a lo cual podemos permanecer asociados sin deslealtad y engaño. Pero aparte de este punto capital Roma y yo diferimos por representaciones del mundo que no son únicamente complementarias, sino contrarias. En el fondo se trata de una lucha sin cuartel entre un pesimismo estático y un optimismo progresista" (13.10.33).

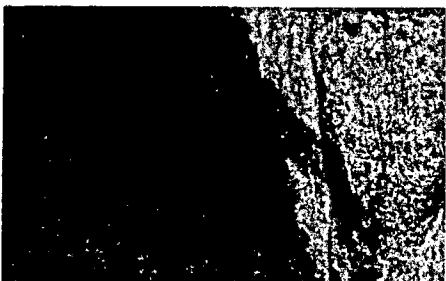
No es menos preocupante para Teilhard la actitud que por aquellos días está tomando la Iglesia ante los conflictos políticos mundiales. Escribe desde China: "Los fascismos me parecen cada vez más una reacción anormal, estéril, regresiva y por tanto temporal, cuyo resultado más temible sería que los conservadores de la Iglesia vieran en ella una condena del progreso y un retorno del mundo al ideal estático cristiano de an-

taño. A mi juicio el comunismo es cada vez más el que en la hora actual representa y monopoliza el verdadero crecimiento humano. Es el único movimiento que en este momento se está convirtiendo en mayor ípor su entusiasmo y propagación espontáneos e internos! Aquí mismo en China sus martires son ya incontables. Yo sueño con una cristianización de la tierra por el bautismo del comunismo" (9.12.33). Sobre la guerra civil española comentará también: "Desde lejos tiemblo al ver establecerse una alianza entre fascismo y cristianismo" (15.8.36). Y en vísperas de la guerra mundial hará una observación memorable: "Me horrorizo al oír (¿será verdad?) que la Iglesia oficial condena al comunismo y simpatiza con los fascismos precisamente por lo que no debería: con éstos por sus apariencias reaccionarias, y con aquél por su voluntad de cambiar el mundo" (25.5.38). Todavía al final de la guerra volverá sobre el tema: "En este momento la postura es terrible y peligrosamente simple: ser católico es ser anti-comunista ¡Qué magnífica ocasión para que los imbéciles tengan una convicción!" (20.4.48).

FIEL A LA IGLESIA

Sin embargo su crítica a la Iglesia nunca le lleva a romper con ella. Es verdad que en varias ocasiones contrapondrá su fe en Cristo con su fe en la Iglesia hasta llegar a decir: "Hay quienes se sienten felices en la Iglesia visible; yo creo que me sentiría feliz de morir para desbarazarme de ella, es decir, para encontrar a Nuestro Señor fuera de ella" (10.1.26). Pero esta misma afirmación es un reconocimiento implícito de que durante la vida no es posible quedarse sólo con uno de los dos. La fe en Cristo es esencialmente comunitaria y no se puede vivir aisladamente. Las comunidades concretas en las que a Teilhard le ha tocado vivir su cristianismo son la Iglesia católica, y dentro de ella la Compañía de Jesús. Cree que su futuro personal está dentro de ellas y está convencido a la vez de que el futuro de ambas instituciones está en que sean distintas. Ese es su dilema.

"Sueño con ver a la Iglesia bella e inexpugnable en su organización y su actitud respecto a nuestras legítimas aspiraciones humanas" (5.4.27). "Lo que le escribí a finales de febrero le ha debido hacer creer que la situación era más grave de lo que era. Es cierto que he atravesado una crisis durante la cual ya no sabía exactamente qué había de sólido o vacilante en el fondo de mí mismo. Pero



ahora me parece que el polvo se disipa y que estoy en presencia de un fondo jesuita y cristiano sólido, si bien un poco modificado. Ya no experimento —en realidad desde hace tiempo— ni por la Iglesia ni por la Compañía esa especie de apego ingenuo y filial (¿lo he experimentado de hecho alguna vez?) que es sin duda el tesoro de muchos. Pero tengo conciencia de sentirme fundamentalmente vinculado tanto a la una como a la otra por razones superiores y nuevas, en el sentido de que creería traicionar 'al mundo' al evadirme del puesto que se me ha asignado. En este sentido las amo a ambas y quiero trabajar por perfeccionarlas desde dentro. Esté pues segurísimo de que jamás sé me ha pasado por la mente ni siquiera la idea de una gestión por abandonar la Orden" (15.7.29)

Una de las características más evidentes del temperamento de Teilhard es su optimismo irreductible. Nunca pierde la esperanza de que su situación oficial pueda cambiar. Ya en los primeros meses apunta: "Quisiera intentar algo en Roma para hacer ver lo que veo. Ud. se va a encontrar con que he perdido el sentido de la realidad. No se olvide que estoy en China" (31.12.26).

Su insistencia es mayor en los últimos años. En la primavera de 1938 Ledochowski nombra un vicario. Esta situación de interinato favorece a Teilhard. Luego viene la guerra. Más tarde, en 1946, sale elegido como nuevo Superior General de la Compañía de Jesús el belga Juan Bautista Janssens. Teilhard logra por fin ir a Roma y trata de explicarse. Su primera impresión es positiva: "En Roma me han manifestado (en particular el Padre General) mucha simpatía y confianza... El Padre General me ha ganado el corazón inmediatamente" (9.11.

48).

Pero se engañaba. Ya él mismo había percibido en su viaje que "alrededor de Roma no hay ningún telón de acero sino un telón de algodón que amortigua todo el ruido de las discusiones y las aspiraciones humanas. El mundo se detiene a las puertas del Vaticano". Seis meses más tarde escribirá: "No tengo aún la respuesta definitiva de Roma para mi nuevo libro" (26.5.50). Unas semanas más tarde le llega el veredicto. "Con el pretexto de que no me ceñía suficientemente a la ciencia pura (?!), y sin aducir ninguna proposición reprobable, el Padre General finalmente ha renunciado a dejarme sacar mi libro" (8.8.50).

Un año antes de su muerte vuelve a la carga. "Poco a poco voy adelantando la redacción de un librito acerca del hombre... Tal vez comprendan los de arriba que esta vez ya es hora de que me dejen publicar" (17.1.54). Esta vez apoya la petición en Roma su Superior Provincial. Pero el resultado es el mismo: "¡Respuesta absolutamente negativa de Roma, y renovación de las consignas de silencio!" (3.8.54).

En realidad para estas alturas ya Teilhard ha alcanzado unos niveles de resignación extraordinarios. "Hé pasado de la edad física, y sobre todo de la edad espiritual en la que se es sensible al éxito" decía ya en 1930 (2 abril).

Si algo le inquieta es ver que le niegan la posibilidad de responder a una demanda cada vez mayor. Es bien consciente, por las reacciones que le llegan a sus escritos que multicopiados corren de mano en mano en reducidos círculos, del vacío que éstos llenan. "Siento la necesidad de insistir ante los Superiores, para que por un vano tuciorismo —que obedece a una falta de fe— no se prive

indefinidamente a la gente del manjar espiritual que reclaman" (17.10.32).

Después de su muerte, un compañero de comunidad recogería sus últimos recuerdos. "El Padre Teilhard era amable con todos, estimado por todos y edificante con todos... Decía la Misa fielmente cada mañana a la misma hora... En muchas ocasiones yendo yo mismo a la capilla le he visto allí en oración... Fueran cuales fuesen sus pruebas y conflictos interiores, jamás ha producido otra impresión que la de un alma tranquila y en paz. En él no había ninguna alteración de la persona humana, cuerpo y alma, lo que es, creo, la señal que da S. Juan de la Cruz para distinguir al verdadero del falso contemplativo".

CIEN AÑOS DESPUES

Cuando Henri de Lubac, uno de los mejores amigos de Teilhard, se decidió a publicar estas cartas, quiso dejar testimonio en la introducción de lo que le costó dar ese paso. Temía —son sus palabras tomadas a su vez del evangelio— "arrojar perlas a los cochinos".

Es posible que quien tuviera antes cierta desconfianza ante Teilhard se haya confirmado en sus sospechas al leer estas páginas.

Espero, sin embargo, que sean muchos más los que las lean como estímulo. Hoy siguen siendo numerosos los cristianos que sienten dificultades semejantes ante la realidad de una Iglesia que tan frecuentemente se distancia del evangelio que está llamada a proclamar.

Quizás en el espejo de la crisis de Teilhard encuentren luz y fuerza para seguir siendo fieles a sí mismos y al futuro de su fe. Cien años después, seguimos necesitando de su ejemplo y su palabra.